

Jardín de Infantes N°905

**Título:** El gallo de mi jardín

**Autor:** Prof. María Castillo

La experiencia que a continuación pasaré a narrar da cuenta de la manera en que puede aprovecharse un hecho ocasional, de los muchos que día a día se presentan en nuestros jardines, y transformarlo en una valiosa oportunidad para generar situaciones de aprendizaje.

En el marco de la organización de un evento muy particular en el jardín, nada menos que la organización del festejo de 25 Aniversario y en un año en que mi tarea pedagógica tenía como protagonista a las PRÁCTICAS DEL LENGUAJE y a la literatura infantil, decidí que junto con los niños de la Segunda Sección contaría distintas HISTORIAS Y ANÉCDOTAS ocurridas en el jardín.

Teniendo en cuenta que para que los alumnos puedan actuar como lectores y productores de textos será necesario que tengan múltiples y variadas oportunidades de entrar en contacto con diversidad de materiales escritos formando parte de una comunidad de lectores en la cual se recurra cotidianamente a los textos para informarse, entretenerse, resolver intrigas generadas por un cuento de terror, decidí como primer paso realizar una visita a la biblioteca del jardín, y otra visita a la Biblioteca de la ciudad de Alejandro Korn.

¡Manos a la obra entonces! Organicé cuidadosamente mi tarea de modo de presentar a los niños múltiples y variadas situaciones de aproximación a textos escritos de calidad, de distintos autores “al mundo maravilloso de los cuentos” como decimos en el jardín, a esos textos que dan cuenta de tantas historias, anécdotas y hazañas de tantos personajes con los que los niños fueron familiarizándose y que los hicieron tan conocidos...

Mis intervenciones docentes tuvieron como objetivo lograr que los niños pudieran explorar una cantidad de libros, maravillándose con los variados diseños, conocer que tienen una tapa y una contratapa, que ALGUIEN los escribió y le llaman AUTOR, y que las ILUSTRACIONES, “dibujos”, como le dicen ellos pueden ser muy distintas, las hay grandes y pequeñas, de color y en blanco y negro..! Y, “seño, ¡éste no vino con dibujos!”

Luego diagramé mi labor a fin de guiarlos para que descubran a los distintos personajes a los que les pasan cosas, algunas alegres, otras tristes, otras que “dan risa y otras un miedo!” Y esos son los cuentos de terror, que fueron los favoritos de los niños. Se sintieron muy atraídos por cuentos como “El monstruo verde” y “Los cuentos de Willy” entre otros, fueron leídos una y otra vez...

Entonces, con tantos libros para ver, leer, surgió la necesidad de organizar la tarea. Fue ese el momento en el que les propuse, organizar un fichero, de modo que cada vez que acudieran a la biblioteca para solicitar un libro en préstamo, cada niño colocaría su nombre en la ficha correspondiente. La mayoría de los niños, ya escribía su nombre y esta actividad fue una gran motivación para que intentaran hacerlo aquellos que aún no lo habían logrado, constituyendo ésta una verdadera práctica social con sentido, con una finalidad.

Y fue así que el fichero comenzó a funcionar, con gran entusiasmo escribían en él, algunos comenzaron a reconocer en los títulos de las obras las letras de su nombre, las de algún compañero y hasta las del mío !o noté que los niños se interesaban cada vez más en ésta tarea, traían libros de sus casas para incluirlos en la biblioteca, comentaban a las familias lo que estaban haciendo... y surgió la necesidad de armar nuestra biblioteca, para tener más esos libros que tanta alegría ocasionaban...

En ésta tarea me hallaba junto con los niños, cuando una mañana, al llegar al jardín luego de varias noches de lluvia y tormenta, y encontré que el parque estaba lleno de hojas y ramas que se habían caído, un verdadero DESASTRE.

Pero eso no fue todo; en un rincón, detrás de la trepadora, lo pude divisar, apenas asomado, miraba asustado, temeroso, y aún en lo dramático de la situación no había logrado perder su elegancia. Para alegría y asombro de los presentes, con la tormenta, ¡había llegado UN GALLO AL JARDÍN!

Pude ver a los niños encantados con la novedad, y al recién llegado, asustadísimo en su nuevo destino, intentaron acercarse y el animal corría ¡pero en la dirección contraria!

Con el correr de los días la situación fue cambiando, y decidí aprovechar esta situación ocasional en una verdadera situación de aprendizaje. Junto con los niños fui registrando todo la información que llegaba; qué tipo de animal era, qué características físicas presentaba, de qué se alimentaba (supieron que comía unos granos de maíz, y al otro día llegó ese alimento en los bolsillos de algunos niños que tenían gallinero en sus casas), y además se podía comprar en un comercio cercano al jardín, y que se llamaba FORRAJERÍA, todo esto fue consignado en el registro de la sala, para recordarlo...

Al otro día, orienté a los niños en la preparación de la visita al comercio para comprar ese preciado alimento para nuestra mascota, me dictaron y escribí, y salí con ellos y las anotaciones necesarias rumbo a la forrajería. Y la sala se llenó de fotos, revistas, libros, enciclopedias donde se podía conocer algo más del animal, todo se fue colocando en nuestro registro...

Poco a poco, fui observando que el gallo, un poco atraído por los niños, pero más por el alimento que le ofrecían, fue tomando confianza, se acercaba cada vez más a ellos y al

poco tiempo hasta se subía al tobogán!!!! Podía verlo dormir arriba de los árboles, correr junto a los niños cuando salían al parque, casi se podía decir que era uno más... Y yo seguía escribiendo (ellos me dictaban), todo lo que sucedía día a día con el animalito. Una mañana, cuando tomé el registro, uno de los niños, Valentín, dijo, “Seño, el gallo no tiene nombre!”

-Entonces tenemos que buscarle uno ya mismo! Dije.

Surgieron distintas propuestas que anoté una a una en nuestro registro de sala.

Aquí van algunos:

-Gallo Pinto

-Claudio

-Toto

-Pintitas

-Gallito feo

-Rocco

-Turuleco

-Poroto

Les pregunté qué se podía hacer si había tantos nombres propuestos, y decidieron hacer una votación para saber cuál era el preferido de la mayoría. Y éste resultó ser TURULECO, y así lo llamaron, cada niño anotó el nombre en su carpeta y dibujó al gallo recientemente bautizado.

Una mañana, una mamá me preguntó entre curiosa y desconfiada: ¿es cierto señorita, que hay un gallo en el jardín?

Pensé entonces, en hacer un libro a modo de registro de este acontecimiento que merecía comunicarse, y mostrarles a los padres todo lo realizado por los niños, pero en seguida, surgió una mejor, y se la propuse a ellos: ¿por qué no contar la historia del GALLO TURULECO para que todos pudieran conocerla? Muchos padres preguntaban, mostraban gran curiosidad, querían saber. Manos a la obra entonces, y... ¡A ESCRIBIR SE HA DICHO!

Por medio del dictado al docente comenzó a contarse la historia... los niños delegaron en mí la escritura y así fueron elaborándose los primeros borradores.

Yo escribía exactamente como me dictaban, ellos organizaban el relato, luego, la relectura... y las preguntas ¿está bien dicho así? ¿se entiende? ¿se puede decir de otra manera? guiaban nuestra tarea.

En muchas ocasiones fueron ellos mismos los que decidieron que –“no está bien así” “mejor lo cambiamos”. Y había que rehacer nuevamente el borrador, luego de muchos

borradores, quedaron satisfechos con lo realizado y se dio por terminado el relato. Realicé la lectura “final” del relato que fue escuchada con mucha atención y que por supuesto, sometí a la contó con la aprobación de los “PEQUEÑOS AUTORES”, de los VERDADEROS AUTORES!

Me hallaba en esa tarea, cuando Martín dijo: “pero señor, y los dibujos?”.

Bueno, les dije, nadie mejor que Uds. conoce a TURULECO, ¡yo pienso que son Uds. los que deben hacerlos!

Y decidieron dibujar las distintas escenas de la historia, cada texto con su ilustración.

Les pregunté entonces, -¿tendrá tapa nuestro libro?

-Síiiiiiiiiiiiiiiii! Me contestaron entusiasmados.

Y Martín, dijo: -¡tenemos que ponerle un nombre!

Surgieron varias propuestas, y democráticamente resultó: “EL GALLO TURULECO”.

Y este es el título de un libro que cuenta una historia real, que aconteció en un Jardín de Infantes del Barrio La Esperanza y que comenzó una noche de tormenta en el mes de agosto cuando llegó un gallo al que llamaron Turuleco y que fue contada por los alumnos de la segunda sección; es una hermosa historia y resultó ser una muy valiosa oportunidad de aprendizaje.

Considero que fue una experiencia sumamente positiva ya que se pudo permitir que los niños tomen la palabra, sean escuchados y reconocidos como miembros de su comunidad de origen y se constituyan tempranamente en activos participantes de la cultura escrita considerándolos como sujetos de derecho.